

El estadio del espejo y la constitución del yo en la enseñanza de Jacques Lacan: incidencias en la práctica analítica

The mirror stage and the constitution of the ego in Jacques Lacan teaching: its influence in analytic practice

Por Antonella Miari y Celeste Smith

RESUMEN

El presente trabajo propone localizar algunas consecuencias clínicas que se desprenden de las diversas conceptualizaciones del estadio del espejo y de la constitución del yo, en distintos momentos de la obra de J. Lacan. En particular, recortaremos tres períodos de dicha conceptualización: el de sus antecedentes, entre los años 1936 y 1953, período en el que se acentúa la dimensión imaginaria en la constitución del yo; un segundo momento, a partir de 1953 y hasta 1962, en el que se enfatiza el registro simbólico; y un tercer momento, entre 1962 y 1965, en el que Lacan comienza a destacar el modo en que opera lo real en la constitución del yo, en su articulación con el concepto de objeto *a*.

Palabras clave: Constitución del yo - Estadio del espejo - Simbólico - Imaginario - Real

SUMMARY

This paper proposes to locate some clinical consequences arising from the different conceptualizations of the mirror stage and the constitution of the ego at different times of the work of J. Lacan. In particular, we will cut three periods in such conceptualizations: their record, between 1936 and 1953, which emphasizes the imaginary dimension in the constitution of the ego, a second stage, from 1953 until 1962, that emphasizes the symbolic register, and a third time, between 1962 and 1965, in which Lacan begins to highlight how the real register operates in the constitution of the self, in its articulation with the concept of object *a*.

Key words: Constitution of the ego - The mirror stage - Symbolic - Imaginary - Real

Introducción

“La idea de un objeto armónico, que por su naturaleza consuma la relación sujeto-objeto, la experiencia la contradice perfectamente - no ya la experiencia analítica, sino incluso la experiencia común de las relaciones entre el hombre y la mujer.”

Lacan, 1956-57, p. 27

La propuesta de este trabajo es transitar distintos momentos en la conceptualización del estadio del espejo y la constitución del yo en la obra de J. Lacan. ¿Por qué volver sobre el estadio del espejo y la constitución del yo? Porque al acentuarse habitualmente su dimensión imaginaria, suelen descuidarse sus dimensiones simbólica y real, descuido que tiene consecuencias clínicas. Por ello, proponemos situar la relación entre la constitución del yo y los tres registros en los desarrollos teóricos de Lacan entre los años 1936 y 1965.

De este modo, ubicaremos un primer momento -anterior a su enseñanza propiamente psicoanalítica- en el que Lacan acentúa la dimensión imaginaria del yo al concebirlo como resultado de una alienación imaginaria. Esta propuesta tiene como fundamento la crítica a la teorización post-freudiana que orientaba los análisis en base a la idea de una autonomía del yo. Luego, en un segundo momento, con el inicio de su enseñanza a partir de 1953, ubicaremos la incidencia de lo simbólico como registro constitutivo y organizador de la imagen del yo y de los objetos. Finalmente, tomaremos la relectura del estadio del espejo y la constitución del yo a partir de

El Seminario 10 (Lacan, 1962-63), ya que con la formalización del concepto de objeto, Lacan se interesa en destacar el valor de lo real en su constitución.

Freud y la constitución del yo:

La idea de que el yo no es algo presente desde el inicio ya se encontraba en Freud. Recordemos que en *Introducción del narcisismo* (Freud, 1914) formula como un supuesto necesario "...que no esté presente desde el comienzo (...) una unidad comparable al yo" (Freud, 1914, 74). Para Freud, tanto el yo como la realidad se construyen, y estas construcciones sufren distintos avatares en cada sujeto. Freud señalaba allí que "algo" tenía que "agregarse al autoerotismo" (Freud, 1914, 74) para que el yo -es decir, el narcisismo- se constituya: Un nuevo acto psíquico. De este modo, el nuevo acto psíquico era lo que posibilitaba el pasaje del autoerotismo -entendido como la satisfacción anárquica de las pulsiones parciales- al yo concebido como una unidad. Unidad cuyo correlato es la constitución del yo como objeto -el primero- de la libido. Se trata así de un yo que es, ante todo, un objeto libidinal. Pero además, Freud destaca que dicha operación siempre deja un resto que no cuenta dentro de la unidad yoica: "las pulsiones relegadas por inutilizables" (Freud, 1916-17, 300). De hecho, acentuamos el término "agregarse", que si bien es una traducción al español del texto original en alemán, nos permite destacar precisamente que Freud afirma que no hay traducción completa del autoerotismo al narcisismo.

El estadio del espejo en la enseñanza de Lacan:

• De sus antecedentes: El yo y la alienación imaginaria

Lacan introduce el estadio del espejo muy tempranamente. Lo presenta en el año 1936 en el Congreso de Marienbad, más de una década antes de la formalización de sus tres registros y de lo que denomina el inicio de su enseñanza (fecha en 1953 con su discurso de Roma). En este primer momento, Lacan hace uso del estadio del espejo para conceptualizar la constitución del yo. ¿Por qué decimos que hace uso? Porque parte de un fenómeno que ya había sido observado por sus contemporáneos. Se trata de una experiencia que se presenta habitualmente en los niños de entre 6 y 18 meses cuando se confrontan con su imagen en el espejo. Lacan hará una lectura novedosa del narcisismo freudiano a partir de este fenómeno. ¿Por qué? Porque el nuevo acto psíquico propuesto por Freud va a ser conceptualizado por Lacan como una identificación. De allí que, en su escrito sobre el estadio del espejo (Lacan, 1949) propone comprenderlo como una identificación "...en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen" (Lacan, 1949, 87). Pero volviendo a la experiencia del niño frente al espejo, Lacan destaca que se trata de un momento del desarrollo en el que el sujeto no tiene aún un dominio real de su cuerpo, y que a esta altura de su obra, vincula con la falta de madurez del organismo por la prematuración del nacimiento. ¿A qué

se refiere con falta de madurez? A que el niño no puede aún coordinar sus movimientos de manera unificada. A pesar de eso, reconoce su imagen en el espejo como unidad. Lacan subraya el júbilo que le produce al niño ese reconocimiento, júbilo que es resultado de la imagen anticipada de unidad que el espejo le devuelve. Anticipada, porque esa imagen unificada, total del cuerpo, le permite un dominio del cuerpo que desde el punto de vista de su desarrollo motriz no le es aún posible. Por eso Lacan insiste en afirmar que el estadio del espejo posibilita un dominio imaginario del cuerpo que se anticipa al dominio real. Y es así que, a partir de esa identificación, el yo se instala "en una línea de ficción" (Lacan, 1949, 87): ¿Por qué? Porque si bien esta identificación es formadora del organismo, denotada por la presencia del júbilo que acompaña este reconocimiento, la unidad corporal alcanzada nunca dejará de ser ilusoria, ortopédica con respecto a la fragmentación vivida. Consideramos fundamental destacar una disimetría radical entre la imagen que se asume, aquella reflejada en el espejo y aquello que se sitúa frente al espejo, fundamento de una tensión, que Lacan caracteriza como irreductible. Es por eso que considera al estadio del espejo *un drama*, que se organiza alrededor de esta tensión entre la insuficiencia motriz, la sensación del cuerpo desmembrado y la ilusión de unidad que si bien funciona ortopédicamente, deja al sujeto preso de una imagen alienante. La conciencia de la unidad corporal es anticipada con respecto al dominio motor efectivo, pero aun así, siempre será un dominio imaginario,

nunca real. Por eso no sería pertinente concebir al estadio del espejo como una fase superadora, sino como una tensión irreductible entre la insuficiencia motriz, y una imagen que es alienante de un modo irreductible. Lacan lo ejemplifica con sueños que se presentan en distintos momentos del análisis: Algunos en los que el analizante busca una fortaleza, en tanto fortaleza interior, que no se halla, y otros en los que se encuentra con campos de batalla, el cuerpo fragmentado, la anarquía propia del ello. Por eso hace referencia a la pintura de Jerónimo Bosch, donde se plasma con particular destreza dicha fragmentación corporal.

En este primer momento, Lacan va a enfatizar distintas coordenadas de esta identificación imaginaria:

- En primer lugar, lo que llama la función de enajenación: Al yo le es inherente la alienación, también en el sentido de *locura*, en tanto se constituye por identificación a una imagen externa, *fuera de sí*, alienándose a la imagen del otro. Por eso Lacan toma la frase del poeta Rimbaud que en distintas cartas escribe: “El yo es otro”. De esta alienación imaginaria, se desprenden dos cuestiones fundamentales:
- Los fenómenos de agresividad, propios del eje imaginario, agresividad que se fundamenta en que siempre se trata de un sólo lugar para dos: El yo o el otro. Aquí podemos tomar como ejemplo a la paciente Aimeé -a quien hace referencia Lacan en su tesis de doctorado- que ataca en su persecuidora a una imagen idéntica a su imagen ideal.
- El transivismo infantil: Que es la confusión con la imagen del otro que se

observa habitualmente en el comportamiento del niño, que lleva a que, por ejemplo, un niño que pega acusa al otro de pegarle o un niño que ve caer a otro, llora como si él se hubiera caído.

- En segundo lugar, la función de desconocimiento: El yo desconoce que su imagen es la del otro y que su unidad es ilusoria. Con la introducción de lo simbólico, situaremos otra vertiente del desconocimiento: El yo desconoce que es hablado por el A.

Entonces, hasta aquí tenemos al yo constituido por una identificación imaginaria con la imagen del semejante; un yo que es ante todo, tanto para Freud como para Lacan, un yo corporal, “una esencia-cuerpo” (Freud, 1923, 27).

Destaquemos que si bien en este primer momento de su teorización, Lacan no conceptualiza la determinación simbólica de la identificación imaginaria -en tanto no cuenta con sus tres registros ni introdujo todavía el lugar del Otro- anticipa ese movimiento al plantear ya en su escrito del año 49 (Lacan, 1949) una matriz simbólica que opera en la dialéctica de la identificación del yo con el semejante. Lacan lo dice de este modo: “...la matriz simbólica en la que el yo (*je*) se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro...” (Lacan, 1949, 87). De esta cita destacamos: Por un lado, que Lacan introduce el *je* para referirse al yo, en lugar de usar el término francés *moi*. Y esta distinción es central ya que existe en la lengua francesa una diferencia esencial entre ambos, aunque los dos designen “yo”. El *je* se utiliza para designar en el enunciado al sujeto de la enunciación. Entonces si

bien Lacan aún no introdujo el A, ya está ubicando un orden de determinación simbólica del yo a través de esta referencia discursiva.

Lacan finaliza su escrito del 49 (Lacan, 1949) afirmando: "...sólo el psicoanálisis reconoce ese nudo de servidumbre imaginaria que el amor debe siempre volver a deshacer o cortar de tajo" (Lacan, 1949, 93). Nudo de servidumbre imaginario porque la significación, los objetos del deseo y los semejantes con lo que el yo se relacione, deberán forjarse a su imagen. Es interesante señalar que ya en los inicios de su obra Lacan sitúa un modo del amor que no se reduce al amor-odio propio de lo imaginario. Un amor que podría "deshacer o cortar de tajo" esa servidumbre imaginaria. Además, esto implica que ya de entrada para Lacan, no es posible pensar un psicoanálisis que se reduzca a operar sobre el yo.

• **La constitución del yo y la primacía de lo simbólico:**

Para comprender el lugar que Lacan le otorga a lo simbólico en relación con el registro imaginario, con el inicio de su enseñanza, proponemos una pequeña vuelta por su encuentro con "el Hegel de Kòjeve". Recordemos que en la lucha a muerte por puro prestigio, las dos conciencias aspiran a hacerse reconocer cada una por la otra. Pero, ¿Qué impide que aquél que no quiere arriesgarse a morir, al bajar las armas, sea asesinado por quien está dispuesto a arriesgar su vida? Un pacto que establece dos lugares: el de quien baja las armas y acepta volverse esclavo, y el del amo, que renuncia a matar al esclavo a condición de

ser reconocido por él. Este pacto es ejemplar de la agresividad inherente a la relación del yo con el semejante y de la función de mediación que le otorgará Lacan a lo simbólico en este momento de sus desarrollos teóricos. De manera general, lo simbólico, el Otro con mayúscula, lugar de la palabra y de la ley, es un aparato regulador de las relaciones del yo con los otros, en tanto ofrece una alternativa al callejón sin salida propio de la agresividad imaginaria. Pero Lacan lleva esta lógica aún más lejos, y le otorga a lo simbólico una función constituyente y organizadora del yo, retomando de ese modo la *matriz simbólica* ya presente en el escrito del 49 (Lacan, 1949). Al registro simbólico le asigna una primacía sobre los otros dos, lo que conduce a que la identificación imaginaria al semejante, la alienación imaginaria, sufra una torsión por la que, para conformarse, dependa de lo simbólico. Esta relación queda ilustrada en los llamados esquemas ópticos, puesto que en *El Seminario 1* (Lacan, 1953-54) Lacan plantea que "el estadio del espejo tiene una presentación óptica que tampoco podemos negar" (Lacan, 1953-54, 121). De este modo, recurre a una experiencia de la óptica que utiliza un espejo cóncavo que produce una imagen engañosa, al que le agrega "Otro" espejo, el espejo plano, donde localiza a lo simbólico. Lugar del Otro, espejo en el que el yo se constituye en tanto reflejo. Consecuentemente, el yo será el reflejo no de un objeto, sino de lo que ya era una imagen, es imagen virtual reflejada en el espejo plano, *de otra imagen*, una imagen real, reflejada por el espejo cóncavo. Al ser imagen de una imagen, nunca de un objeto, se deduce en

su núcleo una falla, una falta de objeto. Y es así que, dependerá de la posición del A, que esta falla que es inherente a su constitución, se encuentre no obstante velada en la imagen, lo que Lacan afirma del siguiente modo: “De la inclinación del espejo depende pues que veamos más o menos perfectamente, la imagen” (Lacan, 1953-54, 213) del yo.

Para entender el modo en que el A, en tanto tesoro de los significantes, determina y organiza la imagen del yo (*moi*) Lacan toma los conceptos freudianos de Ideal del yo y yo ideal pero los lee de un modo novedoso. Retoma el estadio del espejo, y en *El Seminario 8* (Lacan, 1961-62) introduce un giro: El giro del niño que luego de percibir su imagen en el espejo se da vuelta y dirigiendo su mirada al adulto, que representa al gran A, busca el signo de su asentimiento, un “ese sos vos” que ratifique que esa imagen que observa es la suya. Este signo del asentimiento del Otro, Lacan dice que el sujeto lo incorpora como un rasgo, como un único rasgo que sitúa como “el fundamento, el núcleo del ideal del yo” (Lacan, 1964, 264). Por ende, el Ideal del Yo, simbólico, es inicialmente *un rasgo tomado del A*, resultado de una *identificación simbólica*, rasgo que sostiene la identificación imaginaria.

En esta dirección Lacan plantea en *El Seminario 11* (Lacan, 1964), que el Ideal del Yo - I (A)- es el punto desde el cual el sujeto se ve a sí mismo como amable; punto que se sitúa en el Otro. En cambio, en la imagen del semejante -i(a)-, Lacan va a situar al yo ideal, *imaginario*, determinado por el Ideal del Yo, como la imagen amable, que desde el Otro se le ofrece al sujeto para que se

identifique. En este sentido, en *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1921) encontramos el ejemplo de la hipnosis. Freud nos dice que para que se produzca este fenómeno, el hipnotizador debe ocupar el lugar del Ideal del yo, y desde allí ofrecer una imagen amable, yo ideal, con la cual se identificará el hipnotizado.

Entonces la primera identificación imaginaria que constituye al yo, está sostenida en una identificación simbólica, que es la que va a posibilitar todas las demás identificaciones secundarias que van a ir conformando al yo.

Ahora bien: ¿Cómo es que la identificación simbólica, al rasgo, sostiene la identificación imaginaria? Al rasgo tomado del A, Lacan lo llamará unario porque tiene valor de UNO, el uno que introduce este rasgo constitutivo del I(A). Y es porque es uno, indivisible, que sostendrá una unidad de otra índole: La unidad ilusoria del yo. Fuera de la imagen tenemos el uno infraccionable que asegura su consistencia, su ilusoria unidad imaginaria. Tomemos como ejemplo el banquete totémico que Freud propone en *Tótem y Tabú* (Freud, 1912-13), en un hallazgo de lectura del propio Freud a partir del planteo de Smith. En el banquete, todos los miembros del clan matan y devoran al animal totémico. Cada uno y todos ingieren un trozo del animal. Ese trozo tiene valor de unidad, no importa de qué parte del cuerpo se trate, lo que se ingiere es el lazo mismo, para lo cual no hace falta comérselo todo, ese trozo, en tanto uno, hace al lazo.

Destaquemos rápidamente que el concepto de Ideal del Yo en Lacan no se reduce al de rasgo unario. Y que el rasgo

unario, además de sostener la imagen especular y constituir al Ideal del yo, funda al sujeto y la cadena significativa inconsciente, en tanto se trata de la primera marca del Otro con mayúscula.

Esta relectura del estadio del espejo, modifica la manera de entender la fragmentación que la imagen narcisista recubre con la ilusión de unidad: Ya no se trata de un efecto de la falta de madurez del organismo por la prematuración del nacimiento. Para Lacan, la fragmentación es el efecto del encuentro del viviente con el tesoro de los significantes, con la estructura del lenguaje en tanto está constituida por elementos co-variantes. La consecuencia de este cambio en la formulación de Lacan, es que a partir de ello, la función de desconocimiento propia del yo pasa a tener el valor de desconocimiento de la división del sujeto. Se trata de un desconocimiento de la fragmentación que lo habita; desconocimiento necesario para creer que nos comprendemos, pero que el análisis deberá poner en cuestión.

A partir de la conceptualización de lo simbólico, iluminado por el estructuralismo, Lacan pone en relación *sujeto - deseo - yo*: “¿Cuál es mi deseo? ¿Cuál es mi posición en la estructuración imaginaria? Esta posición sólo puede concebirse en la medida en que haya un guía que esté más allá de lo imaginario, a nivel del plano simbólico, del intercambio legal, que sólo puede encarnarse a través del intercambio verbal entre los seres humanos. Ese guía que dirige al sujeto es el ideal del yo.” (Lacan 1953-54, 215). Encontramos al ideal del yo, ahora, en relación al deseo. Ya en el en *El Seminario 5* (Lacan, 1957-58) Lacan

plantea que si el niño se entrega al juego del espejo es porque intenta satisfacer el deseo del Otro. Es por ello que ubicará al yo, en el grafo del deseo, como una -entre otras- respuesta a la pregunta por el deseo del A.

Hasta aquí, es innegable, que desde la teorización de Lacan es impensable un yo autónomo, puesto que la terceridad, el A, no sólo es constitutivo, sino habilitador de un deseo que, no sin pasar por la imagen narcisista, permite una salida de la captura imaginaria. Queda excluida así la posibilidad de sostener una relación de complementariedad entre un yo y su objeto, y esto ya desde el planteo freudiano, en la medida en que a partir de la formulación de Freud, el yo es un objeto, pero un objeto particular, en tanto que con Lacan afirmamos que la falta le es constitutiva.

Con respecto a la dirección de la cura, estos desarrollos le van a permitir a Lacan poner en cuestión el valor otorgado por los postfreudianos al yo como principio y horizonte de la acción analítica. Desconocer la *spaltung*¹, fundamento de la teoría freudiana, conduce a Lacan a llamar al psicoanálisis de su época “antifreudiano”. Además, le permite retomar el valor del concepto de identificación y dar cuenta de la incidencia del Ideal del yo en la cura analítica a partir de cuestionar la idea de fin de análisis como una identificación con el analista como ideal.

• Lo real en la constitución del yo:

Ya en los antecedentes, señalamos que Lacan sitúa al estadio del espejo como un drama que se juega entre la anticipación y la insuficiencia motriz, que luego

resituía en relación con la fragmentación que es efecto de la captura del viviente por el lenguaje. Con el Ideal del yo en tanto signo del asentimiento del A, delimitamos aquello que se traduce en la imagen. Sin embargo, a partir de la conceptualización del objeto *a*, Lacan comienza a enfatizar que hay algo intraducible, que en *El Seminario 10* (Lacan, 1962-63) define como un reservorio libidinal, reservorio en tanto hay algo que se mantiene en reserva y no se transfiere a la imagen. De este modo, para que el narcisismo se constituya no sólo es necesario ese rasgo tomado del A, fuera del espejo, que es el rasgo unario. Además, es forzoso que ese reservorio libidinal se sustraiga en tanto resto, para que la imagen se sostenga. Por eso Lacan planteará la extracción del objeto *a* del cuerpo como condición para que se constituya la imagen narcisista y el campo de la realidad. Planteado de este modo, esa falta a la que hicimos referencia más arriba con la introducción del espejo plano -en tanto el yo es concebido como la imagen de una imagen-, se resignifica a partir de este Seminario como objeto *a*, núcleo real del yo y se escribe *i'(a)* en tanto imagen que viste, vela al objeto *a*.

Que ese reservorio libidinal no se traduzca es condición de la constitución de la imagen, y este es el lugar del objeto *a*, de ahí que Lacan lo plantee, leído a partir del falo, como no especularizable. Ambos deben quedar fuera de la imagen para que ésta se soporte. Sin embargo, también encuentran un correlato en ella que se verifica como un blanco, como una falta. Recordemos el ejemplo del sueño que Lacan, en *El Seminario 8*

(Lacan, 1960-61) toma de una paciente de Abraham, una histérica que sueña con el padre desnudo... pero al que le falta el vello púbico. Es por eso que en *El Seminario 10* (Lacan, 1962-63), fiel a Freud que postula al yo como "genuino almácigo de la angustia" (Freud, 1926, 89), va a ubicar como causa de la angustia a cualquier elemento que venga al lugar de esa falta, lo que tiene como efecto la vacilación de la imagen narcisista. Angustia que Lacan define como el único afecto que no engaña, que se presenta ante la falta de la falta, cuando ese blanco en la imagen se obtura. Por eso Lacan, afirma que "Cuando estos objetos entran libremente en este campo donde no tienen nada que hacer, el de aquello que se comparte, cuando aparecen allí (...) la angustia nos señala la particularidad de su estatuto. Son en efecto, objetos anteriores a la constitución del estatuto del objeto común, comunicable, socializado" (Lacan, 1962-63, 103). De allí su insistencia en afirmar que la angustia no es efecto de la falta de objeto sino que señala su presencia. Clínicamente, podemos ejemplificar dicho surgimiento del objeto *a* en los fenómenos llamados de despersonalización en los que se desdibuja la imagen yoica o se producen momentos de desorientación témporo-espacial. Ahora bien, ese blanco en la imagen, esa falta, tiene una función más allá de sostener la constitución de la imagen narcisista. El deseo en tanto falta opera a través de ese blanco en la imagen. Y esta es una de las funciones esenciales del objeto *a*, que en tanto falta, resto, causa el movimiento del deseo, y habilita un más allá de la captura narcisista.

Por eso Lacan lo conceptualiza no como objeto del deseo, sino como objeto causa del deseo.

Sin embargo, esa no es la única función que Lacan le otorga al objeto a. Más allá del período que este trabajo se propone abordar, Lacan teoriza al objeto a también como plus de gozar, lo que implica que el objeto a también opera como recuperación de un fragmento del goce perdido por efecto del significante. Esto conduce a Lacan a situar, más adelante, la satisfacción en juego en el yo, que permite comprender su inercia en el análisis, en tanto el yo supone también un modo de goce. Estos elementos nos llevan a destacar otra modalidad de la resistencia más allá de la resistencia imaginaria que Lacan señala desde los inicios de su enseñanza. Con el objeto a en el núcleo mismo del yo, Lacan retoma el planteo inicial en el que ubicaba muy tempranamente a la libido en el eje imaginario del esquema Lambda.

Para terminar, mencionaremos simplemente que a partir de la clínica nodal, con la que Lacan redefine la relación entre los tres registros, al adquirir lo imaginario el estatuto de consistencia, se introduce necesariamente una variación en la conceptualización del estadio del espejo y la constitución del yo, que permite plantear, por ejemplo, un imaginario no especular. Esto conduce de manera inevitable a introducir modificaciones al momento de pensar la posición del analista en relación con el lugar del yo en la cura analítica, desarrollos que exceden el propósito de este trabajo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- FREUD, S. (1914), "Introducción del narcisismo". En *Obras Completas*, Amorrortu, Vol. XIV, pp. 65-104, Buenos Aires, 2000.
- FREUD, S., "El yo y el ello", En *Obras Completas*, Amorrortu, Vol. XIX, pp. 1-66, Buenos Aires, 1996.
- FREUD, S. (1926), "Inhibición, síntoma y angustia". En *Obras Completas*, Amorrortu, Vol. XX, pp. 71-164, Buenos Aires, 1998.
- LACAN, J. (1946), "Acerca de la causalidad psíquica", pp.142-183. En *Escritos 1*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1988.
- LACAN, J. (1948), "La agresividad en psicoanálisis", pp. 94-116. En *Escritos 1*, Siglo XXI, México, 1988.
- LACAN, J. (1949), "El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", pp. 86-93. En *Escritos 1*, Siglo XXI, México, 1988.
- LACAN, J. (1953a), "Algunas reflexiones sobre el yo", pp. 7-21. En *Uno por uno* N° 41, 1994-95.
- LACAN, J. (1953b), "Lo simbólico, lo imaginario y lo real", pp. 11-64. En *De los nombres del padre*, Paidós, Buenos Aires, 2007.
- LACAN, J. (1953-1954), *El Seminario 1. Los Escritos Técnicos de Freud*, Paidós Buenos Aires, 1992.
- LACAN, J. (1954-1955), *El Seminario 2. El yo en la Teoría de Freud y en la Técnica psicoanalítica*, Paidós, Buenos Aires, 1992.
- LACAN, J. (1955- 1956), *El Seminario 3. Las Psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- LACAN, J. (1956-1957), *El Seminario 4. La relación de objeto*, Paidós, Buenos Aires, 2008.
- LACAN, J. (1957-1958), *El Seminario 5. Las Formaciones del Inconsciente*, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- LACAN, J. (1960), "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", pp. 703-807. En *Escritos 2*, Siglo XXI, México, 1988.
- LACAN, J. (1960-1961), *El Seminario 8. La Transferencia*, Paidós, Buenos Aires, 2004.
- LACAN, J. (1962-1963), *El Seminario 10. La Angustia*, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- LACAN, J. (1964-1965), *El Seminario 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2005.
- LACAN, J. (1965), "El Seminario 12. Problemas Cruciales Para el Psicoanálisis". Inédito.
- LE GAUFEY, G. (1964), *El lazo especular*, EDELP, Buenos Aires, 1998.
- LE GAUFEY, G. (1964), *La evicción del origen*, EDELP, Buenos Aires, 1995.

RABINOVICH, D., *La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*, pp. 73-89, Fundación del Campo Freudiano, Buenos Aires, 1983.

SCHEJTMAN, F. (2008), "Una introducción a los tres registros". En *Psicoanálisis y psiquiatría: encuentros y desencuentros*, pp. 185-245. Compilador: Mazzuca, R., Bergasse 19 ediciones, Buenos Aires, 2008.

NOTA

¹Nos referimos a la escisión psíquica freudiana en la que Lacan lee la división del sujeto.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Antonella S. Miari

Lic. en Psicología, Universidad de Buenos Aires. Maestranda en Psicoanálisis, UBA. Prof. titular de la asignatura *Introducción a la Psicología*, UCES. Psicóloga de Planta en el Hospital Gral. de Agudos Dr. J.M. Ramos Mejía, GCBA. ATP regular en la asignatura electiva *Psicoanálisis Escuela Francesa II* y ATP regular en la Práctica Profesional *Clinica de la Urgencia* a cargo de la Prof. M. Inés Sotelo. Docente del Programa de Extensión de Clínica de la Urgencia a cargo de la Prof. M. Inés Sotelo. Investigadora de apoyo en el Proyecto de Investigación UBACyT: "Proyectos terapéuticos bajo la clínica psicoanalítica en el Hospital Público", Directora: Prof. M. Inés Sotelo, Co-director: Dr. Guillermo Belaga, Facultad de Psicología, UBA. Ex residente en Psicología Clínica en el Hospital General del Agudos Dr. J.M. Ramos Mejía, GCBA.

E-Mail: antonellamiari@gmail.com

María Celeste Smith

Lic. en Psicología, UBA. En la Facultad de Psicología de la UBA: Docente de la materia Psicopatología. Colaboradora docente de distintos cursos de post grado. Docente en la materia "Teorías Psicoanalíticas I: Los tres registros en la enseñanza de J. Lacan" de la Maestría en Psicoanálisis. Alumna de la Carrera de Especialización en Psicología Clínica con orientación Psicoanalítica. Colaboradora docente en la materia "Diagnóstico diferencial: paranoia, neurosis obsesiva, manía - melancolía" de la Carrera de Especialización en Psicología Clínica con orientación Psicoanalítica de la Universidad Nacional de La Plata y del Colegio de Psicólogos de Junín.

E-Mail: mcelestesmith@yahoo.com.ar